

86

LOS VERSOS DE CORDELIA

Testamento Hecho en Wátani




Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, noviembre de 2023

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia



 www.youtube.com/c/ReinodeCordeliao1

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Ángel García López, 2023

Cubierta: Detalle de *Ciudad incendiada* (s. XVII), óleo sobre lienzo de Daniel van Heil

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 978-84-19124-70-8

Depósito legal: M-31718-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Testamento Hecho en Wátani

(FÁBULA ACERCA DEL SECUESTRO Y DE LA
USURPACIÓN DE LA POESÍA POR LOS FALSOS POETAS)

Ángel García López



Índice

| | |
|--|----|
| Pongo fin a estas líneas y, acabada su lluvia | 15 |
| Colindaba la casa con el cielo. Su imagen | 19 |
| A la casa, aquel día —según quedara escrito— | 23 |
| Las palabras sonaban como piedras rodantes | 27 |
| Los años ocurridos, trasladada del viento | 31 |
| Arrugado, en un cofre de cristal, avisaba | 35 |
| Cuando hablaba Jonás el rumor de las fuentes | 39 |
| Recuerdo los inviernos con Jonás, cómo en ellos | 41 |
| Ajena a lo precario, la casa defendía | 45 |
| Al cumplir trece años, traídos todos ellos | 49 |
| Desde aquella mañana todo fue ya manera | 53 |
| Era un día de tantos, pero nuevo en su intento | 57 |
| Obediente al destino que algún dios me eligiera | 59 |
| Al llegar yo a la casa solo el sol no era eterno | 63 |

| | |
|---|----|
| A pesar del arrojó y pasión cuantos puse | 65 |
| Sin aviso hecho a nadie, cómplice de la noche | 69 |
| Los años se movieron y, en su cuenta, los días | 71 |
| En estos lentos días de vejez apagándose | 73 |
| Condenado a esa muerte, nunca olvidé a Jonás | 77 |
| Moriré de esta historia, que constante me hiera | 79 |
| Heme aquí, ya abocado a las hondas procelas | 81 |



Para Luis Alberto de Cuenca, homenaje
fraterno de admiración y de amistad.



«Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós,
regocijados amigos; que yo me voy muriendo...».

MIGUEL DE CERVANTES

«Mientras me alejo solo hacia el olvido
y a los puertos se va mi eternidad».

ANTONIO LÓPEZ LUNA

PONGO FIN a estas líneas y, acabada su lluvia, destila aún la memoria, gota a gota, este zumo que el destino ha guardado de su vértigo extraño sobre mí. Oigo cerca la mano cenicienta de la muerte, sus golpes en la luz que, esta noche, ¿no tendrá nunca día?

He sellado este aullido bajo el halo, hoy tan vivo, de la luna de Wátani. Ausente de mis ojos cruza el vuelo de un ave que, efímero, recorre la raya del crepúsculo entre nubes dispersas secuestradas al viento. De aquello nada tengo, de lo tanto que tuve. A la insidia los dioses dieron casa en nosotros y hace años la envidia frecuentó su visita, dispuso de su celo hasta hacer suyo el aire

que anduvimos a tientas. Como araña, incansable,
en sus redes dispuso los hilos transparentes
con que ahogó lo distinto del mawual o del zéjel.
Urgida de sus hambres propició los manteles,
las negras herramientas de letal mordedura,
cuchillos afilados con que herir la Poesía
del golpe más certero. Troceó los manjares
dispuestos a la lumbre, las estrofas de oro,
con palabras bruñidas por el sol y la música.
Y, una vez cocinados, convictos en el plato
para ser deglutidos, las fauces puso en juego
comiendo de lo hermoso sin quedar nunca ahíta.
Con sus dientes de hielo mordió de los sonidos
gustando del perfume más puro trabajado
por la lengua del hombre.

El arte minucioso
de la envidia la suma dirá de tantos males,
desgracias que continuas se cernieron en torno.
Desde entonces mis datos un ruido son lejano.
Desasidos y yertos su indigencia pasean
por dentro de una esfera sin ventanas al mundo.
Quedaron enjaulados, exentos de figura,

y fanal soy del hueco donde yacen sin nombre.
Anónimos y mudos, conocidos de lejos,
me hicieron su visita y se han ido muriendo
sin tenerlos por míos, como tiempo fingido
de mi vida sin vida. Desde entonces deambulo
por un camino angosto de cristales opacos
lejano de mi casa y cercano del frío.
¿Habrá muerto en Masnive, para siempre, aquel canto?

COLINDABA LA CASA con el cielo. Su imagen color era del río cárdeno de las nubes que viajaban dispersas a alojarse en el valle. Altiua en la colina, flor eterna en la taza de cristal de la tarde, semejaba un topacio de fulgor vivo intenso engarzado en el aire por manos escogidas de entre miles de orfebres. Su perfecta estatura flotaba en la belleza y en ella descansaba sin llegar a acabarse. El rostro del ladrillo la pátina lucía de un vitral extraído del temblor de algún lago que se helara en invierno Y al paso de la luna, con los vientos suaves, la tribu de los pájaros saludaba sus torres distintas a las otras visitadas del vuelo.

Al final del verano

abría las compuertas donde los arrayanes
en su exigua bodega de minúsculos odres
el olor gestionaban.

Airosa, tras la cerca,
su torre, la más alta, amansaba al crepúsculo.
Robustos contrafuertes y su roja argamasa
alzaban su figura más que un alto obelisco
donde el sol pernoctaba junto a las golondrinas
que hallaban su hospedaje sin sopor del estío.
Y un faro hecho de luces y raros filamentos
alumbraba el recinto solo abierto a geranios
hasta hacer que a un desierto injertaran su aroma.
Del cimiento a las torres, como géiser de azogue,
la brisa del poniente circundaba el perímetro
con cánticos y flautas e instrumentos de fuego
tañidos por poetas y dorados zorzales.
Sin cesar en su aire se alertaba la música
hasta hacerse palabra, luz escrita, hermosura.
Y allí solo el poema, los viejos palimpsestos
del lenguaje y el rito, gobernaban el reino
con nombres de planetas, luminarias gigantes
—Espriu, Rosalía, Juan Ramón, Luis Cernuda—

que en su alma crecían con celestes auroras
sobre un cielo distinto para ella inventado
donde solo el presagio, desde entonces, fue duelo.

A LA CASA, aquel día —según quedara escrito
y he podido saberlo transcurridos los años—
fue llegando un tumulto de hombres extranjeros,
de otro lado del río.

Rodearon los muros
con un dogal de lumbré y pusieron empeño
en herir su hermosura al saberla abatible,
sin defensa y sin armas, como un lirio sin cuerpo.
Apenas empezada a nacer la mañana
llegaron en tropel, haciendo un ruido extraño
los herrajes y escudos con que el cuerpo cubrían.
De avidez y codicia, ocelos de alimaña
alertaban señales allí donde esplendía
un objeto con brillo de metal, abalorios,
las cuentas de colores en pulseras y cintos.
También los reposteros y, en las arcas de roble,

abiertas ya a los golpes las rotas cerraduras,
los vestidos de fiesta bordados con primores,
las ropas y cendales que mancharon de oprobio
y ensuciaron del barro.

Sus zarpas, con la fuerza
de las bestias mayores, derribaron las puertas
en busca de tesoros. Trizaron con vesania
los muebles ancestrales, rompieron vidrieras
y quemaron los libros sobre los anaqueles.
Furiosos arañaron paredes y pinturas,
destrozaron manteles y olorosas maderas.
Y hurgaron alacenas con sus manos rapaces
hasta dar, en los panes recientes horneados,
remedios a su gula y anegar el estómago
con vasos trasegados a lugar tan vacío.
Otros, los desvestidos, buscaron en armarios
las prendas para el frío, las calzas escogidas
con calor de la lana que, entre burlas, vestían
los pies semidesnudos del color del esparto.
Sin quedar saciados, como flores carnívoras,
prosiguió largo el día cumpliendo el latrocinio
hasta dejar maltrecha la mirada del aire.

«Vuestros versos, inválidos, han muerto. Otros distintos en páginas y oídos sonarán desde ahora».

Y arrogantes, y ebrios de jactancia y acíbar,
así nos despojaron de aquel lugar abierto
a la luz y los pájaros.

Nuestra casa dejaba
de ser del sol, y nuestra, al final de ese día.